

el guinguada

TÍTULO DE LA PUBLICACIÓN:	<i>Regreso a La isla de los demonios de Carmen Laforet</i>
AUTOR:	Francisco J. Quevedo
FECHA:	2012
LUGAR DE EDICIÓN:	Valencia
EDITORIAL:	Aduana Vieja
IDIOMA:	Español
AUTOR DE LA RECENSIÓN:	Oswaldo Guerra Sánchez

En 1944 la escritora Carmen Laforet, con apenas veintitrés años, obtenía el Premio Nadal por su novela *Nada*. Escrita con cierta espontaneidad y frescura, y a la vez con una enorme intuición novelística, el libro evocaba a la perfección el ambiente trágico y desesperanzado de la posguerra española. Siete años más tarde aparece *La isla y los demonios*, una obra largamente esperada por los lectores. Estamos ante una novela más madura, tanto en el estilo como en el tratamiento del tema e incluso en la configuración de los personajes, especialmente su protagonista, Marta Camino. La autora retoma su experiencia juvenil en la isla de Gan Canaria, donde vivió entre los dos años y los dieciocho, para urdir una trama anclada en pasiones y desencantos, en esperanzas y desencuentros, es decir, en los “demonios” que a todos nos rondan alguna vez en la vida.

El “regreso” de Carmen Laforet, en su doble matiz de vuelta a la isla y retorno a la escritura después de años sin publicar novela alguna, es lo que justifica el título del último trabajo del profesor Francisco Quevedo García, titulado *Regreso a La isla y los demonios de Carmen Laforet*. Se trata, probablemente, del trabajo más extenso que se haya publicado sobre esta novela de la escritora catalana. A lo largo de 176 páginas, el profesor de Literatura de la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria aborda los “demonios” del alter ego de Laforet (Marta Camino) en torno a distintos aspectos temáticos que nos remiten inevitablemente la otra protagonista, en sentido simbólico, de la novela: la isla (en concreto la isla de Gran Canaria).

El trabajo de Francisco Quevedo se divide en tres partes. Tras dos capítulos iniciales dedicados respectivamente a explicitar el significado que tuvo la obra en la trayectoria de la autora y a contextualizarla en el espacio geográfico en que se desenvuelve (es decir, el regreso literario, por un lado, y el insular, por otro), una tercera parte, vertebrada en torno a siete núcleos temáticos, desentraña aque-

llos elementos (y he aquí una de las originalidades de este ensayo) que relacionan la novela específicamente con “lo insular” y todos aquellos correlatos simbólicos y míticos que subyacen a esta noción. Se trata de desmenuzar lo que, en esencia, y aunque la autora no lo hubiera pretendido, esta obra comparte con la tradición literaria canaria, incluido el concepto de insularidad. Así, los elementos que el profesor Quevedo analiza sucesivamente son, en efecto, la isla como espacio concreto, el mar (en su doble pulsión, “hacia fuera, hacia dentro”), el elemento agua (con todas sus reminiscencias), el elemento telúrico, la magia y lo sobrenatural, tantas veces identificados con las islas Canarias, lo demoníaco y lo dionisiaco, amén de ciertos aspectos culturales, entre los que destaca, muy especialmente, lo referido al habla canaria, lo que demuestra la prodigiosa permeabilidad de la autora en cuanto a la idiosincrasia insular.

El primero de estos siete puntos ahonda en un aspecto cuya proyección en el lector es decisiva: lograr que éste se sitúe en el espacio concreto de la isla de Gran Canaria (y por ende del Archipiélago) al margen de los tópicos al uso. En los dos puntos siguientes (“El mar constante: retención y fuga” y “Otra perspectiva del agua”) el autor aborda este elemento natural. Con claras concomitancias con la poética insular moralesiana, Laforet señala reiteradamente el punto de fuga que representa el Puerto de la Luz y de Las Palmas, que también es visto (dualmente) como puerta de entrada a la isla. Además de ello, el mar también se identifica simbólicamente con la propia protagonista, en especial cuando se zambuye en éste: el líquido elemento no deja de ser, en este sentido, el germen proterico de todo ser humano.

En el apartado “La implicación telúrica” el autor desvela la otra cara de la moneda en lo que se refiere a la naturaleza y su proyección en los personajes de la obra. Entre los elementos telúricos que se destacan hay uno que, por su predicción en la tradición poética insular de Canarias resulta llamativo: el volcán. En efecto, ciertas alusiones al volcán ponen de manifiesto la antítesis entre lo mítico y lo real, lo simbólico y lo cotidiano, lo que en cierta medida ilustra la oposición entre la visión interna sobre el paisaje (trascendente) y la visión externa o foránea (meramente contextual). La primera pertenece a la protagonista y a sus coterráneos, en tanto que la segunda es propia del visitante.

Los apartados 5 y 6 (“Elementos mágicos y aislamiento en La isla y los demonios” y “Los escritos de Marta: entre demonios y dioses”, ahondan en aspectos ya tratados, pero con mayor grado de concreción y ejemplificación, como es el caso de un personaje excepcional en el marco de la obra (Vicenta, la majorrera), o los propios escritos de la protagonista, que se mueven entre lo demoníaco y lo dionisiaco, como dijimos más arriba.

“Sobre el habla y otros componentes culturales” aborda, además de los aspectos lingüísticos que caracterizan la modalidad de habla canaria (en un intendo

de dotar a la obra de mayor acuerdo con la realidad, pero a distancia del costumbrismo típico de otras épocas literarias), otros asuntos relacionados con la música canaria o la gastronomía regional.

Regreso a La isla de los demonios de Carmen Laforet es, en definitiva, un estudio completo y riguroso sobre esta estimable obra de la autora barcelonesa, en el que destaca el punto de vista escogido por el autor para acercarse a la novela, un punto de vista que recoge toda una tradición ensayística en la que los elementos contextuales, culturales y simbólicos se sitúan en primera línea de estudio, en detrimento de los elementos estructurales o meramente narratológicos.